

ANTONIO LUIS GARCÍA RUIZ
JOSÉ ANTONIO JIMÉNEZ LÓPEZ

EL VALOR FORMATIVO
Y LA ENSEÑANZA
DE LA HISTORIA

GRANADA

2010

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© ANTONIO LUIS GARCÍA RUIZ Y JOSÉ ANTONIO JIMÉNEZ LÓPEZ

© UNIVERSIDAD DE GRANADA

El valor formativo y la enseñanza de la Historia

ISBN: 978-84-000-000-0 Depósito legal: Gr./0000-2010

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja. Granada

Fotocomposición: García Sanchis, M.J., Granada

Imprime:

Printed in Spain

Impreso en España

INTRODUCCIÓN GENERAL

Si observamos la Historiografía, a través de las grandes figuras de la disciplina como por ejemplo Michelet, Pirenne, Marx, Bloch, Febvre o Braudel, por citar alguno de los más representativos, podemos ver cómo la Historia ha tenido diferentes enfoques y teorías a lo largo del tiempo, por lo que no es algo estático, perenne como se ha venido a calificar habitualmente.

En cada momento, a la enseñanza de la Historia se le ha exigido aspectos diferentes que van, desde el desarrollo de la conciencia nacional y el servir de *magistra vitae*, hasta la de contribuir a lograr la madurez intelectual de los adolescentes. De esta manera, la historiografía podríamos definirla como el estudio histórico de las sucesivas transformaciones de la Historia a lo largo del tiempo y del oficio de historiador como intermediario entre el pasado histórico y el presente desde el cual investiga. El por qué de esas transformaciones estriba en que la Historia es inseparable del historiador y éste, a su vez, de la sociedad en la que vive, y todo esto se hace a través de las fuentes, porque como dijo Febvre (1970), el historiador no es el que sabe, es el que investiga y también transmite conocimiento.

La Historia, desde que en el siglo XIX comenzó a dotarse de su propio contenido teórico y metodológico de trabajo, ha pasado por diferentes periodos para alcanzar su objeto de estudio específico propio. La evidente amplitud y heterogeneidad de su campo epistemológico hace imposible la existencia de una única ciencia de tipo global. Nunca ha operado bajo el auspicio de un mismo paradigma, pues como afirmaba Guizot en 1827 en su *Historia de la revolución de Inglaterra* «hay cien maneras de escribir Historia», aunque sólo hay una Historia para ser contada.

Podemos, sin embargo, considerar que todas las concreciones o corrientes de pensamiento sobre la interpretación y/o de explicación de la Historia se enmarcaría en dos grandes momentos o etapas de desarrollo: el período precientífico que abarcaría desde la antigüedad helenística hasta el siglo

XVIII, y el período científico que se extiende hasta nuestros días. Es en éste en el que la Historia alcanzó su identidad como disciplina científica independiente y como un saber dotado de una teoría y de un método crítico propio, que requiere del historiador una rigurosa preparación. En 1834 A. Thierry en el prefacio a sus «Cartas sobre la historia de Francia» insertas en su obra *«Diez años de estudios históricos»*, escribió: «Tal concurso de esfuerzos y de talentos dio lugar a la opinión, ya muy difundida, de que la Historia sería el sello del siglo, como la Filosofía había impreso el suyo en el siglo XVIII». De cualquier manera, desde que en el siglo XIX se dotó a la Historia de su propio método de trabajo, ha pasado de la consideración de ser mera lectura de los documentos como fuente fiable, a desgajarse en microhistorias y a ser considerada como una forma de hacer literatura.

Somos conscientes de la continua denuncia sobre la «miseria del historicismo», de la sutil hostilidad interna subsistente sobre el propio cuerpo de doctrina, entre una nueva concepción de la Historia en «formación», y un historicismo academicista, anacrónico y cerrado. Pero no compartimos el concepto de «miserias del historicismo» porque sus trabajos son tan extensos, tan heterogéneos y tan profundos, que pocas ciencias han llegado a alcanzar. Qué hacer frente a tantos obstáculos e inconvenientes no es tarea fácil, pero hay que seguir trabajando en la elaboración de una ciencia que, desafiando los ataques y condenas de unos y otros, reafirme ante todo su carácter formativo, y que ayude al individuo a desembarazarse del peso de unas interpretaciones del pasado que actúan de lastre y dificulta su capacidad de comprensión del presente. La ciencia histórica no está en absoluto en crisis, puesto que sus principios, teorías y métodos, han alcanzado un elevado rigor científico en los siglos XIX y XX, y sus objetivos satisfactoria y progresivamente conseguidos; lo que sí puede estar en crisis es su difusión, su capacidad de dar a conocer su función y su papel en las sociedades avanzadas y tecnificadas del siglo XXI.

El modo de entender la Historia hoy día es consecuencia de una profunda crisis del concepto de Historia subsistente desde el siglo XIX. La influencia de las teorías marxistas sobre el desarrollo económico y social, ha replanteado los fundamentos de los estudios históricos a través del materialismo histórico, que revolucionó la investigación en campos como la arqueología o la antropología. La caída del Marxismo no ha conllevado la de la historia marxista, por eso, muchos historiadores se han vuelto al conocimiento teórico y reconsideran las relaciones entre la literatura narrativa y la Historia, lo que convierte la Historia en una literatura basada en materiales eruditos. Pero la Historia es una ciencia con vocación de globalidad e integración; por eso el conocimiento de otras ciencias del saber es necesario para conseguir tales fines. Por ello, los historiadores han de acercarse a las Cien-

cias Sociales como la Geografía, Sociología, la Psicología, la Antropología y la Economía, así como a nuevos métodos y sistemas explicativos.

El objetivo de la Historia no se cumple con el mero relato de los acontecimientos; hasta hace poco, la Historia era una variante literaria que compartía muchas técnicas y efectos de la narrativa de ficción. Los historiadores estaban sometidos a los materiales actuales y a la veracidad personal, pero como los novelistas, escribían detallados relatos de los acontecimientos y/o biografías de personajes. El campo de estudio de la Historia ha aumentado de forma impresionante, tanto con la aparición de ámbitos del saber como la arqueología y la antropología que han proporcionado un mayor conocimiento sobre las épocas más remotas o sociedades tradicionales, como con los nuevos campos de investigación desconocidos hasta ahora (Historia Económica, Historia de las Ideas, de la Cultura, de la Vida Cotidiana, de la Mujer, etc.) que han emergido y han modificado sus métodos y objetivos.

Por otra parte, los avances científicos (estadística, documentación, tratamiento de la información, informática, etc.) han permitido tener mayor conocimiento sobre el pasado, con muchos más documentos además de los escritos, arqueológicos, económicos, etc. y, por tanto, hacer una Historia más veraz, más científica y más rigurosa. Pero la ampliación del campo de la historia puede llevarla a una excesiva división y se puede convertir en un obstáculo para los historiadores, ya que no se pueden abarcar todos sus ámbitos de conocimiento, por lo que se ha llegado a una especialización y, por tanto, a que sólo se realicen estudios parciales, que empobrecen los resultados y sobre todo hacen perder la perspectiva de globalidad. Además han surgido nuevos métodos de investigación, que, al igual que sucedió con la metodología del positivismo, quedarán anquilosados, por lo que el historiador debe ser consciente de éstas limitaciones.

Tanto es así que, de todos los campos de investigación, la Historia es la más difícil de definir con precisión, puesto que al intentar desvelar los hechos y realizar un relato inteligible de estos, implica el uso y la influencia de muchas disciplinas auxiliares. La información que nos llega es incompleta, incorrecta o sesgada y ello requiere un cuidadoso tratamiento. Por otra parte, aunque algunas tendencias historiográficas limitan la ciencia histórica al conocimiento de la totalidad de los sucesos humanos acaecidos sólo en el pasado conocido, mediante cualesquiera que sean las fuentes documentales, es labor del historiador el recopilar, registrar y analizar todos los hechos del pasado del hombre, echar mano de fuentes intermedias e indirectas (como cartas, literatura, instituciones religiosas, etc.) y de información no escrita (como los restos materiales de las civilizaciones desaparecidas, como elementos arquitectónicos, artes menores, ajueres funerarios, etc.). Sin embargo la relación entre el hecho y evidencia no siempre es simple y directa, ya

que pueden ser sesgadas o erróneas, fragmentarias, ininteligibles, por tanto el historiador debe enjuiciar críticamente los testimonios que le llegan.

Podríamos preguntarnos cuál es la situación de la Historia en la actualidad. Tras la caída del muro de Berlín en 1989 y el fin del régimen soviético en 1991, el capitalismo y EE UU se sienten triunfadores de la guerra fría y declaran que se ha alcanzado la sociedad perfecta, se ha culminado la historicidad de los hechos sociales y, en consecuencia, se ha llegado al fin de la Historia. Francis Fukuyama publicó en 1989 un artículo titulado «*El fin de la Historia*» en el que sostenía que las instituciones que comprende el Estado de los países ricos modernos son las más perfectas que pueden existir, y que por lo tanto la Historia (los cambios históricos) ha terminado. Se trata, pues, una tesis idealista de corte hegeliano, pero ¿se piensa lo mismo en los países del Tercer Mundo?. Ese artículo ha tenido un éxito enorme, por lo escandaloso de su título y la publicidad que los conservadores estadounidenses le han dado, lo cual propició que se convirtiera en libro en 1992, con el título de «*El fin de la Historia y el último hombre*», donde la teoría se quedaba vacía en contraste con la realidad histórica finisecular.

En efecto, después de esto, las escuelas historiográficas se han multiplicado, para desligarse tanto del marxismo como del triunfalismo capitalista. Una de las primeras escuelas es la *historia narrativa* que pretende recuperar la narración como método de investigación historiográfica, tratando de parecer neutral y sin carga ideológica. Historiadores como H. White, S. Cohén, G. Himmelfarb o S. Schama desarrollan sus trabajos en semejanza con la microhistoria de C. Ginzburg, y N. Z. Davis, que cuenta pequeñas anécdotas que ocurrieron en el pasado. A la postre utilizan la erudición como método de investigación y eluden la explicación histórica. La popularidad de esta tendencia se debe al éxito editorial que supone la venta de los libros. Este es el tipo de Historia que apoyaba el fascismo.

Otra modalidad es la *historia científicista*, que busca en las ciencias auxiliares la justificación de las explicaciones. Es el retorno al positivismo de los años cincuenta. En el fondo desprestigia a la Historia como ciencia. Son los representantes de ella el historiador C. P. Snow y el filósofo K. Popper, y en la actualidad C. M. Cipolla o K. N. Chaudhuri que pretenden utilizar las Matemáticas en sus constructos teóricos, pero en el fondo desconocen cómo hacerlo.

La *clinometría* es otra tendencia científicista. Sus métodos son los de la economía y acuden a la Historia para completarlos y recoger los datos. Destacan historiadores como Peter Temin, K. J. Arrow, R. E. Solow, o Charles P. Kindleberger. Pero, también, utilizan otras ciencias como la Sociología, la Antropología o la Estadística. La clinometría se debate entre la historia económica y la economía histórica, debate resuelto en los primeros años del

siglo XX. Además, trata de hacer predicciones, lo que en Historia es absurdo. No parece que la Historia pueda reducirse al estudio, por muy científico que sea, de un sólo problema.

Por otra parte, el estudio de los recursos naturales y el espacio desde el punto de vista de la Geografía Humana constituye una variante historiográfica que también se ha puesto de moda. La *ecohistoria* es una corriente historiográfica, de carácter reduccionista, pues centra su atención en nuevos temas para su investigación histórica concretados a los problemas medioambientales y/o ecológicos razonables que se generan por la influencia de la humanidad sobre el entorno geográfico, tratando de resaltarlos. Están en ella historiadores como N. J. G. Pounds, C. O. Sauer, A. W. Crosby, Le Roy Ladurie o J. R. Kioppenburg. Desde esta escuela. J. de Vries nos ha llamado la atención sobre la influencia del clima y sus cambios en las sociedades, sobre todo a largo plazo. También son interesantes las obras de J. Murra, Á. Palerm y Martínez Alier, lo que revela que este es un asunto de utilidad en la Historia, pero no exclusivo.

El cientificismo de estas tendencias hace una reducción de la Historia, pero además, pretenden una objetividad que no tienen, ya que toda Historia posee una concepción global definida. Se ha pasado de utilizar ciencias auxiliares en la investigación histórica, a convertir esas ciencias en el centro de la historiografía. Han aparecido así historias fragmentarias, como la de la demografía, la sexualidad, la infancia, las mujeres, el vestido, el proceso de urbanización, la pobreza, etc., que tienden a asilarse entre sí y a constituirse en una ciencia, sin darse cuenta de su concepto global de la Historia, por lo que asumen el dominante o la moda.

Ante este panorama historiadores como G. Himmelfarb, Foucault, Celeuze, Dosse o Derrida, reclaman la vuelta a un «nuevo historicismo», a una Historia global. Para ello pretenden volver a la explicación histórica a través de los textos, pero asumiendo tácitamente la ideología capitalista dominante. Por otra parte, también existe el riesgo de que el abandono de las explicaciones económicas derive en una historia de las mentalidades como proponen Aries, J. Revel, P. Chaunu, R. Chartier o Levi-Bruhl. Pero, en cualquier caso, siempre ha habido historiadores que han tratado de integrar los estudios parciales en una visión global de la Historia tanto, en su dimensión cultural como social, con una gran influencia del marxismo dogmático. Sin embargo, los actuales estudios de historia social están muy alejados de él y simbolizan tendencias que estudian la Historia y sus cambios como un fenómeno de conjunto, con sus elementos económicos y culturales. Este es el caso de historiadores como W. Benjamín, R. Williams, E. P. Thomson, o T. Gurévich o J. Bajtin.

A partir de este horizonte historiográfico de luces y sombras, la Historia no debe perder sus objetivos, sino que debe hacernos entender cómo era

el mundo cuando éste era presente. La Historia debe ser una ciencia que intente abarcar lo humano en su conjunto, de acuerdo con un objetivo que trascienda a la ciencia, como es explicar el mundo real y enseñar a otros a verlo con ojos críticos para ayudar a transformarlo. En este debate sobre la Historia, Santos Juliá (1990) proponía unas medidas para que la Historia volviera a recuperar su prestigio, como por ejemplo abandonar el concepto de totalidad, pues la totalidad histórica es inabarcable, y que la Historia encuentre un lugar más específico entre las Ciencias Sociales y/o que conquiste el favor del público, como bien había sabido hacer con el medievalismo francés figuras de la talla de Georges Duby o en España algunos historiadores como A. Domínguez Ortiz.

Por ello y ante esta situación de confusión, hemos de señalar como principios comunes en el conocimiento histórico, los siguientes:

A) No se puede perder la perspectiva de la *historia integradora* y de interrelación de los factores que concurren en los acontecimientos. En general, se mantiene aún hoy día que la ciencia histórica tiende a englobar en cualquier época todos los aspectos concurrentes en la evolución de la sociedad (económicos, demográficos, sociales, técnicos, institucionales, políticos, intelectuales, etc.), y explicar cómo se articulan entre sí en modelos globales. Para H. I. Marrou lo que caracteriza las transformaciones recientes de la ciencia histórica es la tendencia a «aprehender el pasado del hombre en su totalidad, en toda su complejidad y su entera riqueza. Ya no se acepta un discurso histórico que aparezca señalado sólo o principalmente por dinastías, batallas, tratados, etc., sino que además de esto aspiramos a conocer de cada momento el marco técnico, económico, social e institucional. Aspiramos aún más, a comprender los mecanismos que explican las concordancias y discordancias existentes entre los distintos niveles de una sociedad; queremos obtener una imagen integrada y global cuanto más sea posible» (1961: 23). Así pues, la ciencia histórica no puede ser reducida a la mera atomización de disciplinas autónomas impuestas por la creciente especialización, sino que la totalidad y universalidad ha de preservarse como horizonte incuestionable de la historia, pues aspirar a dicha atomización supondría un empobrecimiento de profundización en el conocimiento histórico y además un grave retroceso metodológico (Nouschi, 1967). Es evidente que todo ello comporta dificultades por ser fruto de una labor tan dinamizada y omnicompreensiva, pues sitúa al historiador actual en una encrucijada conceptual.

B) En el estudio de la Historia debe preponderar la *idea de cambio*. En efecto, la Historia es, al mismo tiempo, un discurso coherente sobre el pasado (entramado conceptual que permite situar, ordenar y explicar los hechos históricos de forma que resulten comprensibles) y un conjunto de metodologías de investigación. R. Acton entendía la Historia «en tanto que de-

venir como progreso hacia la libertad y la historia en tanto que constancia de los acontecimientos ocurridos como un progreso hacia la comprensión de la libertad: ambos procesos corrían paralelos» (1906: 33). Ni qué decir tiene que esa clase de progreso nunca avanza en línea recta sin altibajos e interrupciones, sin desviaciones y soluciones de continuidad, de forma que aún el giro más adverso no es por fuerza contrario a la concepción de la existencia del progreso mismo, si bien éste no significa progreso igual y simultáneo para todos.

Los viejos dogmas del progreso histórico único que llegan hasta el presente, y el dogma moderno de los ciclos históricos (de un progreso múltiple que conduce a las «grandes edades» y luego a la decadencia), son meras proyecciones del historiador sobre el pasado. En su conjunto un período histórico obviamente muestra un progreso sobre el período anterior, y es a la ciencia histórica a quien le cabe determinar la naturaleza real de dicho progreso y sus coordenadas espacio-temporales. Sólo a través del pensar histórico es como se logra el progreso mismo, haciéndose tanto más necesario cuanto que la historia es un proceso en continua construcción. Así nuestro conocimiento de la realidad presente exige inevitablemente un conocimiento del pasado. La historia pues, comienza cuando los hombres empiezan a pensar en el transcurso del tiempo, no en función de procesos naturales, sino de una serie de acontecimientos específicos en que los hombres se hallan comprometidos conscientemente, y en los que pueden y deben influir; por tanto la comprensión del pasado es el entendimiento del presente y nos lleva hacia el porvenir. Es decir, viene de ayer y va hacia mañana, pues somos quienes somos por la carga de historia que nos ha hecho a todos, y si no comprendemos esto actuaremos a ciegas en la vida y acabaremos por perder el control de nuestros propios actos. La comprensión crítica del presente, pues, a través del paado, hace la comprensión dinámica.

Es hoy un conocimiento comúnmente aceptado que la perspectiva histórica no es sino la consecuencia de un conocimiento sistemático de esa ciencia del hombre en sociedad, moviéndose sin cesar, fluyendo en el tiempo. Es evidente que si un pueblo no ha comprometido su pasado y no sabe cómo y por qué ha llegado a ser lo que es, ese pueblo no podrá prever ni adoptar una actitud racional ante el porvenir; todo lo que observamos, analizamos y conocemos está en «constante movimiento» y éste afecta a las relaciones y conceptos por estáticos que nos parezca. Existe pues la Historia y una conciencia de dicho movimiento que permite descubrir las yuxtaposiciones, las relaciones y los subterráneos que encierra lo simbólico. La Historia es pues, la ciencia que estudia la «dinámica de las sociedades humanas», la ciencia «que intenta abarcar globalmente, y en sus interacciones, todos los elementos que se integran en la dinámica de la sociedad» (Jiménez, 1994: 460).

C) El eje básico del conocimiento histórico ha de ser la cronología (*tiempo histórico*). La temporalidad constituye un factor esencial en la vida y actuaciones del individuo, y un aspecto determinante en la construcción de la realidad social que lo contextualiza, de ahí su importancia en la enseñanza de la historia. El tiempo es lo que determina la sucesión de los acontecimientos, y esta sucesión es lo que constituye su verdadera realidad. En efecto, el tiempo nos da la medida de la duración de los hechos o situaciones, y por él podemos captar la dimensión de la temporalidad. En historia, que todo es dinámico, movimiento, cambio y tendencia, el factor temporal se constituye en el elemento básico imprescindible. Para M. Bloch la Historia es «la ciencia de los hombres en el tiempo»(1965: 26), donde están inmersos los fenómenos y en el que se vuelven inteligibles. Pero, el tiempo de la Historia es diferente al de otras ciencias, pues como afirma C.F.S. Cardoso « el tiempo que interesa a los historiadores es el de los hombres en su organización social, expresando la permanencia de tal organización y la historia misma como proceso que crea lo humano...; es decir, es un tiempo social y cultural» (1981: 196). Su categorización es de gran importancia para el historiador, pues el manejo de un parámetro temporal en cualquier investigación o período histórico es de gran necesidad, toda vez que es el principio de su inteligibilidad (de la explicación de los cambios, transformaciones y fenómenos que permanecen estables en una realidad social). Así pues, el dominar la cronología como procedimiento de medida temporal, es totalmente necesario para la comprensión del tiempo histórico y de las mutaciones de la realidad social.

La cronología «es un instrumento técnico de medida y un instrumento social de referencia para la regulación de las acciones individuales y colectivas»(Ragazzini, 1980: 232). Por ella, el historiador ha podido establecer sucesiones diacrónicas, enmarcando en el tiempo todos los fenómenos sociales y destacando las diferencias entre sus distintos procesos históricos, y de la misma forma sucesiones sincrónicas, ya que el desarrollo de hechos paralelos en sociedades diferenciadas han determinado el comienzo de nuevos períodos históricos. «Pretender pensar en la sociedad..., sin referencia constante a la dimensión temporal me parece absurdo...; pensar históricamente consiste... en situar..., fechar todo fenómeno del cual se pretende hablar» (Vilar, 1988: 58). La cronología es, pues, el fundamento de la realidad temporal y de su materialización en el espacio; es el instrumento a través del cual se llega al conocimiento de la duración diferencial de los hechos histórico, ya que por medio de ejes cronológicos podemos determinar la duración de los acontecimientos y fenómenos sociales, así como de los fenómenos sociales y su trascendencia histórica (Jiménez, 1996: 73-74).

D) La selección de aquellos *acontecimientos que sean más significativos*, pues si bien es cierto que estos sólo no son totalmente Historia, sin em-

bargo no hay Historia sin ellos. En efecto, la Historia busca el conocimiento y la interpretación de la realidad histórica de tal manera que el estudio histórico sea a la sociedad lo que la reflexión sobre el pasado es a los individuos; y es que para ésta los acontecimientos nunca son meros fenómenos, sino que a través de ellos profundiza en el mensaje que contiene. En efecto, cuando un historiador decide analizar una realidad histórica pasada se le ofrece ante sí una serie de documentos o reliquias del pasado a las que analiza inferencialmente para poder descubrirlo y recrearlo en su mente. Por tanto, lo que evidencia el conocimiento histórico no son supuestos «testimonios históricos», sino acontecimientos que caen bajo la observación del historiador y que, mediante un acto reflexivo de su mente, se constituyen en nuevo ámbito de conocimiento histórico. H.I. Marrou afirma al respecto que: «un personaje, un acontecimiento, tal aspecto del pasado humano sólo son hechos históricos en la medida en que el historiador los califique como tales» (1968: 138).

Ningún historiador podrá apartar, puentear o modificar dato alguno que preserve la memoria histórica del pasado, antes bien, si no encaja con la opción interpretativa elegida se hace necesaria la revisión del proceso y del resultado de la investigación. Por ello, del acontecimiento a la estructura, de lo individual a lo colectivo, de la corta a la larga duración, de la periclitada Historia tradicional a las recientes corrientes sugestivas de interpretación, toda esta multiplicidad de nuevos campos específicos de la Historia cobrarán su verdadera dimensión científica desde el momento en que se relacionan con los acontecimientos de la vida del hombre y de las sociedades humanas en general. A fuer de que hoy exista una clara comprensión a las interpretaciones fáciles y a dar un sentido provisional a un conjunto de datos inconexos como corresponde a una cultura de masas, los campos específicos de los acontecimientos que se constituyen en materia obligada de estudio por el historiador son:

- 1.º Los hechos de masas referidos a los hombre (Demografía), a los bienes, (Economía), al pensamiento y creencias (Mentalidades) etc.
- 2.º Los hechos institucionales que propenden a establecer las relaciones humanas dentro de unos marcos legales de referencia (Derecho civil, constituciones políticas, tratados internacionales etc.).
- 3.º Los acontecimientos, sean referidos a la aparición y desaparición de personajes o de grupos que actúan, deciden y ocasionan hechos relevantes precisos.

Sin embargo, la tendencia actual es volver hacia una Historia Total, para lo cual es necesario dominar todos los avances y los campos de la investigación. La complejidad hace imposible dominar todos los métodos de investiga-

ción, pero la interrelación de los diferentes investigadores permite que se lleve a cabo esta Historia Total. El trabajo en equipo —de escasa tradición en la investigación histórica— se hace, pues, imprescindible. Ello no quiere decir que algunos científicos o especialistas en una materia se lancen a hacer Historia, ya que el objeto de estudio del historiador ha de centrarse en el ser humano y no se le pueden aplicar leyes científicas sin más, porque el comportamiento humano es más complejo que cualquier objeto de estudio de la ciencia. La Historia debe agrupar todos los avances en los métodos de investigación, pero no debe caerse en una hiperespecialización, que conduciría, como la Historia tradicional, a practicar una visión parcial de los hechos.

Si partimos de que el hombre es un ser social, y que la Historia investiga al hombre en sociedad, como decía M. Bloch (1965) la Historia sería la ciencia de los hombres. Sin embargo, no ha existido una opinión absolutamente hegemónica que suministre una explicación de lo humano. La Historia arrastra, pues, un lastre, en cuanto a unas dificultades epistemológicas, que es común a todas las Ciencias Sociales, y que aquí nos limitaremos a indicar dos de sus características:

- a) Lo concerniente a la observación de los fenómenos humanos que, aunque no se trate de dificultades técnicas, sí afecta a lo relacionado con las especificidades propias de la estructura social.
- b) La falta de objetividad que tienen las Ciencias Sociales, pues no podemos obviar ciertamente la actitud de compromiso a la hora de interpretar los fenómenos sociales, pero es que no podríamos enunciar ninguna rama del saber, totalmente objetiva, que quede libre de los compromisos de quienes la investigan.

Sin embargo, esta situación llegó a superarse, pues la científicidad de la práctica historiográfica depende antes de la aplicación de un método. La Historia tiene que reconocer una serie de regularidades y de modelos históricos generales aplicables a momentos cronológicos distintos; además su resultado no puede obviar unas fuentes documentales e historiográficas existentes. Por lo tanto debe recurrir a las generalizaciones, en el intento de explicar, que no significa crear leyes ni hacer predicciones. De esta manera, la consideración de la ciencia, por parte de Popper (1967), de ligarla a la capacidad de predecir, no tiene sentido y queda, además, superada, porque se puede hacer historia aunque no sea predecible.

El progreso de la disciplina historiográfica pasa por un perfeccionamiento en la formación científica del historiador. El trabajo del historiador no se basa en un conjunto de actividades ni resultados de manera arbitraria, sino en la creación de una serie de conjeturas sujetas a unas reglas establecidas por un método, porque lo que se intenta es llegar a explicaciones demostrables

para los procesos históricos, aún cuando no se pueda establecer enunciados de carácter general.

Mayor importancia hemos querido otorgar a un aspecto que consideramos trascendente en la enseñanza de cualquier área y, más aún, en la de Ciencias Sociales, Geografía e Historia, nos referimos a su *valor formativo*. Sin duda el valor formativo de la Historia es mucho mayor que el que se le quiere dar desde la actualidad, ya que, como dijo Febvre, «la Historia es la ciencia del Hombre, la ciencia del pasado humano y no la ciencia de los conceptos» (1970: 76). Por ello afrontamos, en primer lugar, los valores de la ciencia histórica, su función formativa, los niveles de capacitación y sus ámbitos educativos en los que ayuda al alumno en su formación como estudiante y como ciudadano. Después, abordamos la situación de la Historia como disciplina académica, centrando nuestra atención en el qué y para qué enseñarla, contrastando nuestra visión con la opinión de los alumnos y del profesorado mediante los «Grupos de Discusión». (ver García y Jiménez 2007).

La Historia al constituirse en un ámbito de conocimiento esencial para el estudio de la humanidad, en un arma poderosa para los debates de hoy y en herramienta para la construcción del futuro, no puede considerársele como una materia más en el conjunto de las Ciencias Sociales, sino como una disciplina clásica, pues ha sido el núcleo constitutivo de los programas de estudios sociales. En general, se trata de adquirir una perspectiva histórica suficiente para poder comprender los rasgos fundamentales y los problemas de las civilizaciones actuales, toda vez que la Historia otorga una dimensión temporal a todos los fenómenos sociales remotos, los fundamenta y explica. Por el contrario, las demás Ciencias Sociales se interesan por contenidos sociales intemporales que se dan en un medio general.

Ahora bien, si la Historia es una ciencia particularista en el sentido de que se ocupa de eventos o situaciones concretas en el tiempo, sin embargo también es totalista e integradora, pues al poseer una vocación sintetizadora incluye en su discurso múltiples datos de la aportación de otras materias, sin que en modo alguno ello signifique una simple acumulación, sino más bien la reconstrucción de la imagen global de la sociedad. Es por tanto, muy necesaria a las otras ciencias sociales para conformar una visión más completa del escenario social; sin ella, se limitaría casi exclusivamente al conocimiento del presente en su panorama de interacción social y de conducta humana.

Por ello, ha estado siempre presente en los contenidos curriculares de cualquier sistema educativo, debido a alto valor formativo y de contenido social que posee, así como a las posibilidades que ofrece para la imposición de determinadas formas de pensamiento. Efectivamente, hasta hace relativamente poco, se ha establecido una estrecha relación entre discurso histórico y el de las clases o grupos dominantes del momento, que hacían uso de esta

herramienta para la perpetuación de sus valores y visiones del mundo. Incluso hoy día, las cuestiones ideológicas e intereses prioritarios de la sociedad o de determinados grupos, condicionan en gran medida la orientación del discurso histórico.

El conocimiento de la sociedad, tanto en lo que se refiere a su pasado histórico como en lo que concierne al territorio en el que se asienta, ha constituido siempre, dentro de la tradición occidental, una parte fundamental de la educación de los jóvenes, La Historia, al establecer la dimensión temporal en la que se inserta cualquier realidad o proceso social, desempeñan una función vertebradora dentro del ámbito de las Ciencias Sociales. En efecto, proporciona a los alumnos conocimientos y métodos suficientes para comprender la evolución de las sociedades en el tiempo y cumple la finalidad de formar a los alumnos, ofreciéndoles una visión global del mundo y un conjunto de valores imprescindibles para que adopten una actitud ética dentro de una sociedad plural y solidaria.

La Historia, por su amplia tradición académica (solo equiparable a la de la enseñanza de la Geografía en el área de las Ciencias Sociales) y por el reconocimiento de las inmensas posibilidades educativas que ofrece, tiene un peso específico importante tanto dentro del área, como dentro del Plan General de estudio del actual sistema educativo. Ya en la Ley de 1970 se establecía el «área social y antropológica», como un área más en el que se estructuraba el campo de la acción educativa, quedando constituida por materias tales como Geografía e Historia, Filosofía y la Formación Política, Social y Económica. Y es que para algunos, era indispensable reducir sus contenidos en beneficio de otras materias que analizan los problemas de la sociedad del momento. Sin embargo, el empeño por integrar los contenidos históricos en el área de Ciencias Sociales que hoy prepondera en los niveles secundarios de la enseñanza, obedece al interés subyacente de conocer en su conjunto las distintas actividades, fenómenos e ideas que derivan del hecho de la convivencia entre las personas.

En el actual Diseño Curricular el tratamiento educativo que se ha adoptado para la inclusión de varias disciplinas en un sólo área de conocimiento, no ha sido la mera yuxtaposición, ni tampoco la globalización, sino una solución interdisciplinar, donde se subraye las relaciones y los rasgos comunes de las disciplinas que la integran, así como el carácter específico de cada una de ellas (los alumnos han de concebir todas las asignaturas como una unidad en la que los contenidos pertenecen a distintos aspectos de una misma realidad). Pero, la Historia adquirió protagonismo en la conformación del área, obedeciendo a un interés subyacente de conocer en su conjunto las distintas actividades, fenómenos e ideas que derivan del hecho de la convivencia entre los hombres, manteniendo, pues, el verdadero valor de su con-

tenido social. Por consiguiente, es una disciplina necesaria a las demás Ciencias Sociales para conformar una visión más completa del escenario social; sin ella se limitaría casi exclusivamente al conocimiento del presente en su panorama de interacción social y de conducta humana.

Es lógico, pues, que la Historia esté presente en el área, ya que sus contenidos son:

- La naturaleza de las sociedades y de la cultura.
- Actividades y procesos humanos en su distribución espacial e interacción de elementos culturales.
- Sistemas e instituciones sociales básicos, relaciones entre los individuos.
- Cambios en las relaciones humanas, reinterpretaciones de las mismas entre eventos del presente y del pasado.

Sin embargo, esa presencia se manifiesta de distinta forma en las diferentes etapas educativas:

- En la Enseñanza Secundaria Obligatoria la presencia de la Historia, acordemente con las orientaciones del DCB que fomentan un análisis transversal de la realidad, se halla inserta en bloques temáticos interdisciplinarios, de acuerdo con las intenciones formativas del área. En esta etapa el peso de la Historia es fundamental, y a su discurso se incorporan los contenidos de otras disciplinas (en concreto, tiene especial peso en los ejes temáticos que tratan de las «sociedades históricas y el cambio en el tiempo» y «el del mundo actual»). Esta preferencia viene determinada por su mayor capacidad para proporcionar una perspectiva más global e integradora de la realidad humana y social.
- En Bachillerato, la enseñanza de la Historia, como materia común a todas sus modalidades, se justifica por su contribución a mejorar la percepción del entorno social y a comprender las relaciones del presente, además de facilitar el desarrollo de las capacidades de análisis y reflexión sobre lo social. Dentro de la Historia se potencia para esta etapa el estudio de los siglos XIX y XX, ya que se considera que contribuyen especialmente a la comprensión del presente.

Afrontamos también el estudio de aspectos referidos a la diversidad de tratamientos didácticos, de las pautas metodológicas que se implementan y de los problemas de aprendizaje de la Historia para los alumnos, haciendo hincapié en las interpretaciones y/o explicaciones intencionales, en las relaciones de causalidad, en el cambio histórico, en la comprensión del tiempo

histórico, en la aplicación de nociones espacio-temporales, en la modalidad de los fenómenos sociales y en la interdependencia de los diversos factores históricos que intervienen en la explicación de los hechos.

Es de desear que los estudiantes se habitúen a reflexionar sobre estos extremos y sobre los perpetuos «arrepentimientos» de nuestro oficio de docentes de la Historia, pues sería la mejor manera de acercarse a una Historia cada vez más amplia y tratada en profundidad, que conduzca razonablemente sus esfuerzos. Pero «en última instancia —como afirma T. Unwin— las disciplinas académicas no sólo existen porque los profesionales creen en su validez, sino también porque las sociedades a las que pertenecen confían en su utilidad» (1995: 20). De eso se trata precisamente, de recuperar la confianza en la utilidad, en el gran potencial formativo de nuestra disciplina, sin la cual difícilmente un alumno va a mostrar interés por su estudio.

PRIMERA PARTE

LA CONFORMACION
DE LA CIENCIA HISTORICA

CAPÍTULO I

LOS ASPECTOS EPISTEMOLÓGICOS DE LA HISTORIA

1. INTRODUCCIÓN

La epistemología de la Historia se presenta como única perspectiva de reflexión del saber histórico, centrado principalmente en la científicidad del conocimiento histórico y en el problema del objeto de la Historia. Por consiguiente, cuestiones como ¿la Historia es una ciencia o un tipo inteligible del conocimiento social?, ¿Cuál es su objeto de estudio?, ¿es posible alcanzar la verdad?, ¿en qué consiste el trabajo del historiador?, se constituyen en fundamento de reflexión para la epistemología de la Historia, y que el historiador no podrá eludir si no quiere hipotecar la objetividad o los límites de la objetividad de su propio saber histórico.

2. CONCEPTO DE CIENCIA

El término ciencia, deriva etimológicamente del vocablo latino «Scientia», que significa conocimiento, práctica, doctrina, erudición. Este vocablo deriva a su vez del griego: «*isemi*», que equivale también, en toda la extensión de la palabra, a saber, conocer, tener noticia de, estar informado. Pero también, la ciencia se puede definir, en un sentido estricto, «...como un conjunto de conocimientos sobre la realidad observable, obtenidos mediante el método científico» (Sierra, 1982: 37) y que concuerda con la de Mario Bunge, quien afirma que «el conocimiento científico es, por definición, el resultado de la investigación realizada con el método y el objetivo de la ciencia» (1981: 79). Nosotros la conceptualizamos *como el conocimiento declarado cierto o verdadero de acuerdo a los métodos disponibles y aceptados por la comunidad científica mundial*. Este conjunto de conocimientos dados por verdaderos que llamamos ciencia es el conocimiento que utilizamos en infinidad de formas diferentes

en la vida cotidiana, si bien resulta difícil establecer hasta qué punto el conocimiento científico determina y condiciona nuestra vida cotidiana. En esta situación parece bastante extraño encontrarse con personas que dicen no creer en la ciencia, aduciendo que ésta es poco exacta, falible, etc., y sin tener en cuenta que ella está presente a cada minuto de sus vidas, en cada una de las cosas antes enumeradas y tantas otras.

Tres son los elementos que configuran todo campo científico:

- Un campo de actuación, constituido por la realidad observable, que por medio de instrumentos diversos nos lleva a conocer la realidad del mundo en que vivimos. Eso sí, cada disciplina tiene un campo de su incumbencia, que a su vez, puede ser subdividido en campos más pequeños, según sea el interés de los investigadores. Por ejemplo, el campo de estudio de la sociología es la sociedad humana, pero ésta puede ser parcelada en campos más pequeños, como el campo de estudio de la familia en sociedad (Sociología de la familia), el arte (sociología del Arte), la educación (sociología de la educación), etc.
- Un contenido, construido exclusivamente por un conjunto de conocimientos sobre la realidad, en forma de concepto, enunciados y razonamientos
- Un procedimiento, el método científico, cuya principal característica es que busca siempre agotar todos los medios posibles para alcanzar la veracidad de aquello que se da por conocido.

Por tanto, por extensión de dichos elementos al campo de la Historia, a ella le incumbe preferentemente el conocimiento de todo lo que concierne a la sociedad y a las sociedades humanas durante todo el tiempo histórico como contenido; lo que constituye su campo de acción, en el sentido amplio, porque, como veremos, éste se puede subdividir en muchos campos más circunscritos o específicos, como son la sociedad nacional, la educación, la salud, la religión, el deporte, la población, el espacio en que se ubica, etc., todo lo cual reúne un acervo de conocimiento que se ha obtenido mediante el método científico.

3. CONCEPTO DE HISTORIA

Etimológicamente el término «historia» tiene su origen en el dialecto jónico («istorie») de la Grecia clásica, si bien su noción fue más tarde adaptado al latín clásico como «historia». En la obra de Herodoto de Halicarnaso (padre de la Historia) se le atribuye el sentido de actividad de indagación, investigación, pesquisa y averiguación de la verdad sobre acontecimientos

humanos pretéritos y pasados, es decir, referirla a todo conocimiento aunque necesariamente no fuera histórico o temporal.

Así pues, aunque en esta época clásica ya existía un tipo de actividad («historia») y un tipo de escritor («historiador»), con las matizaciones posteriores que los historiadores latinos efectuaron sobre la voz «historia», adquirirá el significado que hoy día tiene en el ámbito intelectual; es decir, designa en primer término, a la narración de los sucesos humanos (la historia de la realidad en la que el hombre está inserto), y en segundo a los mismos sucesos humanos (conocimiento y registro de las situaciones que señalan y manifiestan esa inserción).

Se trata, pues, de una ciencia que se define sobre todo por el objeto que estudia y que se ha matizado y complementado entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, en función de la concepción ideológica que se tuviere y del interés que despierten ciertos temas del pasado. Si repasamos la historiografía resultante a través de las diferentes corrientes historiográficas o de las aportaciones de historiadores insignes como Michelet, Marx, Bloch, Spengler, Toynbee, Febvre, Braudel, Duby, etc. —como hemos visto en el capítulo anterior— podemos entender como la Historia ha tenido diferentes enfoques y teorías a lo largo del tiempo (se trata de un concepto dinámico y no estático). Subsiste una diferencia de grado entre el gremio profesional que surge y se consolida a lo largo de la pasada centuria decimonónica y los antecedentes literarios que escriben sobre las cosas del pasado.

Al margen de la polémica suscitada por la tradición occidental, respecto al carácter filológico que ha de otorgársele al término «historia» (bien para designar primera y fundamentalmente un tipo o forma de conocimiento; o bien para referenciar la realidad histórica misma, es decir, el acontecer histórico). También la noción de Historia ha sido vivamente discutida desde el ámbito de la epistemología historiográfica, centrándose en considerar a la Historia como un tipo o forma de conocimiento genéricamente científico (aquí se le otorga una doble pretensión, el considerarla referida siempre a un conocimiento y que además su contenido objeto sea el pasado humano) (Collingwood, 1946: 31-32), o identificarla ante todo como un acontecer, ya que el conocimiento histórico pertenece a la esfera de la historiografía (Kahler, 1964: 14-15). Esta ambigüedad nominal expresa un problema real preciso: que el acceso a la realidad histórica (pasado humano) se hace a través de una mediación indirecta; en este sentido, la Historia se corresponde a un tipo de saber inteligible caracterizado por un conocimiento mediato.

Sin embargo, la mayoría de los historiadores actuales aplican al término estos dos ámbitos de conocimiento, si bien amplían su significado identificándole con el transcurso temporal de los procesos históricos. Según L.Febvre, se ha superado, una «historia historizante» entendida como cien-

cia del pasado sin más, sin contacto o relación alguna con el presente y limitada a acontecimientos políticos de soberanos y Estados, elaborada como un simple relato literario (historia erudita). H. White ha señalado que el término Historia se aplica a «los acontecimientos del pasado, al registro de esos acontecimientos, a la cadena de acontecimientos que constituye un proceso temporal que comprende los acontecimientos del pasado y del presente así como los del futuro, y a los relatos sistemáticamente ordenados de los acontecimientos atestiguados por la investigación» (1992: 159).

J. Aróstegui entenderá la Historia «como una realidad inteligible distinta de todas las demás áreas del saber» (1995: 58); F. Braudel como «el estudio dirigido científicamente pero complejo: no hay Historia, ni oficio de historiador, sino oficios, historias, una suma de diversidades, otros puntos de vista., otras posibilidades. Hay tantas maneras discutibles y discutidas de abordar el pasado como actitudes frente al presente. La Historia puede considerarse incluso como un determinado estudio del presente» (1991:102); M. Bloch, como un conocimiento en movimiento, pues «la Historia no es la ciencia del pasado, sino que es el pasado por el presente, ya que la incompreensión del presente nace totalmente de la ignorancia del pasado y es vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente» (1964:97); L. Suárez Fernández como «un género de conocimiento acerca del pasado humano, que se adquiere por medio de la investigación» (1996: 11). En este mismo sentido lo utiliza también L. Febvre cuando afirma que «la Historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres en otros tiempos, captadas en sus fechas, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras..., que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades» (1970: 40). Para él la Historia es, pues, una ciencia porque desarrolla dos acciones que se hallan en la base de toda investigación científica, tales como la posibilidad de plantear problemas y de formular hipótesis.

Para Marx la Historia entera no consiste más que en una continua transformación de la naturaleza humana. El historiador no pretende revivir los hechos, sino conocerlos; saber cómo fueron cuando eran presente. Es la situación que vivían como presente las personas del pasado lo que nos interesa.

Reclús expresa la interrelación entre Geografía e Historia con su frase «la Historia es la Geografía del tiempo y del mismo modo la Geografía es la Historia del espacio» (1986: 59). El tiempo pasado no está aislado sino que ha dado sus frutos y tiene consecuencias, continuidades y enlaces en el presente.

En esta situación ¿cómo podría acuñarse una definición de la Historia en toda su complitud? Al afrontar una definición de la Historia lo que ha de proponerse es propiciar el acceso a los principios y a los probables ejes que presiden y articulan el debate, en torno al significado y al alcance del conocimien-

to histórico. A tenor de ello, se podría definir como *el conocimiento del pasado humano*, en toda su extensión, complejidad y variedad, pues contiene virtualmente todos los elementos necesarios para llegar a alcanzar una comprensión formal de la naturaleza del saber histórico. Se trata de una definición atemporal, donde el conocimiento se contrapone a la narración, si bien la divulgación de ese conocimiento se haga de manera escrita, como un relato. Es conocimiento del pasado (no de las sociedades), ya que se da por hecho que la humanidad vive en sociedad, y no de los hechos, puesto que eso es la realidad. Además es el conocimiento del pasado humano, en la medida en que las actuaciones sociales del pasado también interesan el hombre en cuanto tal. Con esta extensión la encontramos en historiadores como R. Aron y H. Marrou.

Otra definición sería: la Historia es el conjunto unificado de conocimientos, de carácter objetivo, acerca de las relaciones entre los hechos del pasado que se descubren gradualmente y que se confirman por una metodología de verificación. Sin embargo, es necesario formular otra nueva donde se expliciten todos los elementos constitutivos y necesarios del conocimiento histórico, a fin de que podamos tener una visión más comprensiva del carácter original del saber histórico, respecto a las demás ciencias sociales y/o humanas. Así, la ciencia histórica podría ser definida, en los términos explicitados por R. Ahumada, «como un tipo inteligible o forma de conocimiento de carácter mediato, que se constituye desde una relación permanente e inestable entre el presente del historiador y el pasado humano (objeto formal de la Historia), al que considera en el contexto de su contemporaneidad» (1995: 65).

En definitiva, «la Historia es el conjunto de conocimientos acerca de los sucesos ocurridos en las sociedades a lo largo del tiempo que han sido obtenidos mediante el método científico, por una comunidad de estudiosos especializados en cada materia». La Historia es un instrumento de análisis del mundo, de nuestro mundo presente y pasado, en la medida en que sirve para conocer cómo funciona nuestra sociedad, cómo ha funcionado en el pasado, qué soluciones se dieron y cuáles fueron sus consecuencias (nuestras raíces históricas), conocer tanto las fortalezas como las debilidades del grupo humano que llamamos nuestra sociedad y también para satisfacer la curiosidad humana que nos permite progresar como seres humanos en sociedad y acumulando cultura.

4. LA HISTORIA ¿ES UNA DISCIPLINA CIENTÍFICA?

Resulta más fácil decir qué no es la Historia, que definir lo que sí es. La Historia no es una ciencia hipotético-deductiva que tenga modelos de in-

interpretación que se puedan aplicar «a priori», sino que parte de un dato y analiza su comportamiento racional, con lo que deduce la estructura lógica de su método de una manera empírica; es un instrumento ideológico que permite analizar lo que sucede en nuestro mundo actual; es una expresión noética de una relación permanente y de dimensiones humano-temporales. En efecto, la Historia es una forma de conocimiento individual y contingente, pues cuando hablamos del discurso histórico lo estamos refiriendo a un tipo de saber conceptual que no está sometido a leyes, como sucede en las ciencias aplicadas, ya que el significado que tienen estos términos están en relación con las propiedades del objeto formal de la Historia y no con su objeto material o materia prima (los documentos), pues su comprensión puede estar conceptualizado desde diversos grados de abstracción formal.

Como afirma J. Maritain «la Historia se ocupa de lo singular, de lo concreto y de lo contingente, mientras que la ciencia trata de lo universal y lo necesario. El hecho histórico implica juicios críticos, diferenciales y de continua revisión analítica. Además la Historia requiere selección y diferenciación, interpretación del pasado para traducirlo en un lenguaje humano; recupera o reconstituye secuencias de acontecimientos, resultantes unos de otros, mediante la capacidad de abstracción del historiador. La Historia encadena lo singular con lo singular, por lo que su objeto como tal es individual o singular» (1962: 18-19). En efecto, el dato material o fuente documental sólo hace referencia a una misma realidad, pero su valor inteligible será vario y diferenciado (admite diversos modos de realización mediante una visión analógica), de tal manera que habrá tantos hechos científicos cuantas investigaciones se sucedan específicamente distintas. Por ejemplo, la formación de las Juntas Provinciales organizadas en España a partir de la marcha y prisión de Fernando VII por Napoleón, o la convocatoria de los Estados Generales por Luis XVI que van a suponer los inicios de la Revolución Francesa, etc. son dos hechos singulares y contingentes, pero que también se aplican en un orden global y complejo, que abarcan una porción de la humanidad y que tienen, al mismo tiempo, una dimensión temporal de mediana o larga duración.

Así pues, el objeto formal de la Historia es ocuparse de esa realidad inteligible a la que el historiador aspira a aprehenderla. Como afirma F. Braudel «la tarea de la Historia es la resurrección del pasado...Pero, de ese pasado ¿qué se retenía?...», lo que es particular, lo que sólo sucede una vez... las miles de singularidades que constituyen el pasado y no el pasado en su totalidad, porque si se aprehendiese en su conjunto, en su totalidad, puede afirmarse que no se repetiría jamás» (1991: 57). Entonces, el objeto formal de la Historia son los actos humanos realizados siempre en singular y contingente a los que el historiador ha de considerar como tal. En el sentido riguroso de estos términos (singular y contingente), tanto desde el concepto clá-

sico que se otorgaba a la noción de ciencia (conocimiento comprendido y definido desde el horizonte de la Filosofía o de la Metafísica), como del moderno (la ciencia es comprendida y definida en el horizonte de las ciencias empíricas, particularmente desde la Física), la Historia no podría ser considerada como una ciencia.

Pero si bien la Historia no posee el carácter de ciencia, en el sentido riguroso que se le otorga al término, sin embargo ello no implica que el discurso elaborado por el historiador carezca de las conclusiones y certezas que concurren en el conocimiento científico común y ordinario, ya que se construyen con una actitud y en un ambiente científico. En efecto, el historiador construye el discurso histórico a partir y desde el interior de un objeto material que es la fuente documental (inteligible histórico en potencia) independiente de él mismo, ya que ni lo crea ni lo inventa; mediante operaciones historiográficas como la explicación, comprensión e interpretación (ambiente científico), realizadas sobre el objeto material de la Historia, crea el saber cinético. Por ello, cuando referimos que la Historia no es una ciencia, nos estamos refiriendo sólo a que el objeto formal de las ciencias no se corresponde con el de la Historia, pero el hecho histórico sí que puede ser conceptualizado desde diversos grados de abstracción formal.

Autores como L. Febvre han visto la científicidad de la Historia en la noción postmoderna que se da de la ciencia (conjunto de problemas e hipótesis), pero en el horizonte epistemológico no se admite que lo singular, en cuanto singular, pueda constituirse en auténtico objeto formal de ciencia. Al igual que este L. Suárez Fernández propone algunos elementos de reflexión, a partir de los que se puede considerar a la Historia como un saber científico. Afirma que «aunque en apariencia el trabajo del historiador consiste en coleccionar hechos para almacenarlos después como si se tratara de un registro..., sin embargo se centra en formular preguntas y buscar en la memoria del pasado respuestas veraces. Ese conocimiento es científico, pues se dirige a descubrir aquello que previamente le es desconocido: los testimonios de que se vale son con frecuencia documentos escritos, pero sirven otros muchos de muy diverso género como los materiales arqueológicos y las huellas culturales en su casi ilimitada variedad. El resultado de la investigación histórica es... un dar cuenta de su propio pasado» (1996: 19). En este mismo sentido se expresa J. Cruz al afirmar que «la Historia como ciencia no es una simple crónica que presente la materialidad de los hechos de un modo minucioso, sino que es una investigación que se esfuerza por comprender los eventos, captando sus relaciones, sus intenciones, su juego de difusión, de agregación o de dislocación, seleccionando lo principal, clasificando sus tipos (hechos militares, políticos, culturales, económicos, etc.) y buscando sus lazos funcionales» (1993: 18).